



Una joven conciencia literaria de Israel

Hay algo intensamente desafiante en Nir Baram. En su obra y también en su persona. En rebeldía, ha hecho algo que solo un israelí sin miedos puede hacer. Le ha ofrecido a su país una novela en la que retrata los horrores previos a la II Guerra Mundial de forma perturbadora: sin retratar a monstruos ni narrar sus sangrientos crímenes, dejando apenas entrevista la muerte de millones. En [*Las buenas personas*](#) Baram somete al devenir de la historia a dos seres humanos especiales, rebosantes de talento y sensibilidad. Ambos tientan al lector desde sus fascinantes personalidades, y trágicamente acaban eligiendo ser colaboradores de los grandes males del siglo XX por un cruel y desangelado oportunismo. Sus decisiones tienen unos devastadores efectos y los engullen a ellos mismos y a la dignidad de toda una generación.

“Es el primer libro en Israel que trata de la Segunda Guerra Mundial sin centrarse en el Holocausto”, explica Baram en su apartamento en Tel Aviv, desde el que trabaja. Sus protagonistas, Thomas y Sacha, son resortes imprescindibles del mal, pero no lo ejecutan directamente. Por ellos mueren miles de personas, pero no ven directamente la sangre que emana de sus acciones. “Me centré en colaboradores, y cuando escribí el libro pensé en las implicaciones morales de hacerlo. Pero al fin y al cabo creo en que la literatura no debe educar al lector sino hacerle reflexionar”.

La provocación de *Las buenas personas* fue mayúscula en un país donde el Holocausto no es solo un doloroso recuerdo sino también una posibilidad de futuro de la que advierten frecuentemente los políticos. David Ben Gurion, padre fundador de la patria, escribió en 1960 que “en Oriente Próximo, en Egipto y Siria, los aprendices de nazis quieren destruir Israel”. El mes pasado, durante [*una visita oficial del presidente francés, François Hollande*](#), el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, dijo, en referencia a Irán, que su deber es “evitar que nadie ejecute un nuevo holocausto”.

Carente de lecciones morales, el libro se presta a interpretaciones muy diversas. Parte de la crítica hizo trizas sus premisas, no su estilo. Hubo quienes acusaron a Baram de relativizar el mal. “Cuenta, por milésima vez, lo que ya se ha contado en un sinfín de ocasiones”, escribió tras su publicación Nissim Calderon en el diario Yedioth Aharonot. “Y dice



Tertulias Literarias

cosas por milésima vez que ni siquiera son inteligentes cuando se cuentan bien. El mal nazi y el mal soviético fueron pérfidos. El mal israelí es diferente. Sugerir que debemos entender los tres usando los mismos parámetros es como sugerir que un médico trate el sida con los medios con que se trata un ataque al corazón”.



La novela fue publicada en 2010 en Israel, donde ha vendido 40.000 ejemplares, un fenómeno en un mercado pequeño como el del hebreo. Ha sido traducida a 14 idiomas, entre ellos español, en una reciente edición de Alfaguara. En septiembre Baram publicó su última novela en hebreo, *El mundo es un rumor*, otro éxito de ventas que ha generado un intenso debate en Israel sobre el agotamiento del capitalismo. La líder del Partido Laborista, Shelly Yacimovich, ha definido esa obra como la “más inteligente, penetrante y provocadora documentación hasta la fecha sobre los procesos económicos, sociales, y morales” que recientemente han generado protestas en todo el mundo, incluido Israel.

Baram, nacido en Jerusalén en 1976, es hijo de su tiempo. Su padre, Uzi Baram, fue ministro de Isaac Rabin en aquellos días convulsos posteriores a la firma del acuerdo de paz de Oslo con los palestinos. “Había una atmósfera muy violenta en Israel, no creo que hoy nadie pueda entenderlo. El odio al gobierno de Rabin era máximo”, recuerda. A diario temía por la seguridad de su padre y su familia. Eran los días de las manifestaciones con los ataúdes de cartón y de las fotos trucadas de Rabin vestido de nazi, antes de su asesinato en 1995, a pocos metros de donde vive hoy Baram.

Hoy, Israel, dice Baram, recoge las tempestades de la siembra de aquellos vientos. “Vivimos en un estado constante de paranoia que no es solo por Netanyahu, sino porque se ha creado una sociedad consumida por el racismo y el miedo”, opina. “Culpar a Netanyahu no sirve de nada. Es solo un payaso. Es solo un representante del estado mental israelí”. Como en todo, Baram va un paso más allá. A diferencia de la gran mayoría de escritores de su generación, da por cumplidos los objetivos del sionismo. “No creo en un estado judío, sino en un estado israelí”, dice. Su ideal: que la izquierda israelí y palestina se unan en crear una “sociedad multiétnica”.

Me lavo las manos por lo que os ha pasado: estoy limpia de la sangre de estos justos”, llega a exclamar Sacha, protagonista de *Las buenas personas*, al enfrentarse a su culpa. No la juzga Baram. Tampoco la historia. No es nadie para la posteridad. La fría distancia del autor es todo un riesgo narrativo cuando viene de Israel y pertenece a un pueblo, como el judío, marcado por persecuciones y exterminios. Pero Baram renuncia voluntariamente a las pasiones y a los clichés que Israel proyecta en el extranjero. Así es su obra, y él mismo resume sus convicciones en una frase: “Nunca aceptaré escribir en clichés para tener éxito en los círculos literarios de Nueva York”.

Vender el alma al completo Por Leah Bonnín (Letras Libres)

Tras el éxito de sus primeras novelas –*Sapperi li sippur ahavá sagol* (1998), escrita tras terminar el servicio militar obligatorio, y las traducidas al inglés como *The Mask-Ball Children* (2000) y *The Remaker of Dreams* (2006)– y antes de abordar *Tzel Olam* (2013), Nir Baram (Jerusalén, 1976) se embarcó en la escritura de *Anashim tovim* (en español, *Las buenas personas*), una novela que tiene como telón de fondo la Segunda Guerra Mundial y se publicó en hebreo en 2010.

Thomas y Sacha, protagonistas de *Las buenas personas*, navegan por los acontecimientos que marcaron la historia de Europa en los tres años que median entre el principio y el fin de la novela: el pogromo de Kristallnacht; el pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, y la posterior invasión de Polonia por parte de las dos potencias



Tertulias Literarias

totalitarias; la puesta en marcha de la Operación Reinhard, con la deportación de los judíos polacos a Belzec, el primer campo de exterminio; la purga de 1939 en la Unión Soviética y el clima de terror desatado por Stalin para eliminar a los sospechosos y descontentos y promover a sus fidelísimos nuevos cargos; la deportación de miles de personas al gulag; y finalmente, en junio de 1941, la invasión de la fortaleza de Brest (Bielorrusia), primer escenario de la Operación Barbarroja.

Las buenas personas no es una novela más sobre la Segunda Guerra Mundial, tampoco aborda una “realidad” o “ficción” sobre el Holocausto, ni su mérito consiste en que alguien la haya reconocido como la “primera novela israelí” sobre esta época. Ni siquiera se trata de una novela histórica, genéricamente hablando, porque a Nir Baram le interesa, por encima de todo, bucear en la psicología y mentalidad de los personajes, comprender el porqué de su serpentear a través de las circunstancias que les ha tocado vivir y acercarse a ese tipo de literatura, cada vez más escasa, que intenta comprender la condición humana.



Thomas Heiselberg pertenece a la clase media empobrecida durante los años veinte y, al principio de la novela, es directivo de una compañía americana que pretende crear una filial en Alemania. No es judío, pero su casa es asaltada durante la Kristallnacht por un comando nazi que lidera su antiguo colega de correrías Hermann Kritzingner, por el simple hecho de que una antigua gobernanta judía ha ido a visitar a la madre moribunda.

Thomas tiene una personalidad frágil y ambiciosa: cuando es despedido de la compañía Milton, no duda en aceptar el encargo gubernamental de instalarse en Polonia para elaborar un informe sobre el “hombre polaco”. Inicia una relación platónica con Klarissa, una joven militante del partido nazi que ha tomado el gobierno de su casa tras la muerte de la madre. Sus ansias de superación, que entran en conflicto constante con el poder de la crueldad de Hermann Kritzingner, le llevan a asumir el encargo de elaborar otro informe sobre el “hombre bielorruso”, así como la organización de un desfile militar germano-soviético junto a la representante rusa.

En el comienzo de *Las buenas personas*, Sacha Weissberg es una muchacha al final de la adolescencia, la mayor de tres hermanos de una familia de intelectuales por cuya casa han pasado desde Ana Ajmátova hasta Osip Mandelstam. Una reunión celebrada en otoño de 1938 en la que los padres y algunos amigos hablan sobre el encarcelamiento de la poeta Nadia da cuenta del miedo a la delación que se vivía entre los ambientes intelectuales de la Unión Soviética. Pero nadie en aquella reunión sospecha que será la hija mayor de los Weissberg quien los denuncie ante la NKVD con la mediación de Maksim Podolski, del que está medio enamorada y con quien acabará por casarse. Los motivos para la denuncia son más emocionales que ideológicos: considera que su padre es un ser débil que está enamorado de Nadia con el consentimiento de la madre.

En contra de lo previsto, la policía comunista también se lleva a los gemelos y la detención de su familia la hunde en una severa depresión de la que la rescata Maksim, que la devuelve a la realidad con una frase tan contundente como terrible: “Y tú, Sacha, solo tienes dos salidas: morir o ser otra persona.” Sacha opta por convertirse en otra persona y trabaja en el NKVD recogiendo y editando las “confesiones” de todo tipo de desertores, entre los que se encuentran, uno por uno, los asistentes a aquella reunión en la casa familiar. No la mueve la ambición de poder ni los ideales, sino el deseo de recuperar a sus hermanos pequeños, cuyo paradero desconoce. Y tras un incidente con uno de los “entrevistados”, la envían a Brest, donde la harán responsable, por parte rusa, de organizar el desfile germano-soviético.

Baram sigue la más estricta arquitectura aristotélica de introducción, desarrollo y desenlace, pero, en vez de estructurar una colección de acontecimientos y anécdotas, se dedica a bucear en el alma de los personajes, que mutan al son de los acontecimientos, pero cuya esencia permanece: son “meras máquinas de sobrevivir”, como le dice Maksim a Sacha en una carta.



Tertulias Literarias

Las buenas personas es una novela llena de reflexiones sobre la historia, el poder y el sentido del espíritu humano. Destaca la conclusión a la que llega Thomas tras discutir con Sacha las dos opciones estéticas sobre el desfile: “De pronto se dio cuenta de lo absurdo de esa actitud y de que su pauta de comportamiento seguía siendo la misma a pesar de que las intenciones hubieran cambiado, porque, en realidad, el comportamiento precede a la voluntad.” Esa frase, incluida en “Brest, mayo de 1941”, puede leerse como una réplica al título y contenido de la película *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl, pero también como un guiño a la frase que pronunciaron los hebreos ante la inminente entrega de las Tablas de la Ley, “Haremos y entenderemos” (Éxodo 24:8) la conducta o el comportamiento, como premisa de la escucha o comprensión.

Tras varias discusiones sobre el desfile, Thomas realiza un cuestionamiento general de la historia: no cree que el conocimiento de la historia sea liberador; considera que la historia tiene no pocas venganzas paradójicas, como la encarnada en su padre, que construyó aviones Junkers, cuyos modelos más modernos, en manos de los rusos, podrán matar alemanes; desprecia el “idioma primitivo de la sangre”; y señala la dudosa credibilidad de un discurso sobre la historia de Europa basado en falsificaciones que van desde la falsa carta supuestamente escrita por el emperador Constantino I al Papa en el siglo IV hasta Los Protocolos de los Sabios de Sión. También las motivaciones emocionales de Sacha se tambalean y su psicología sucumbe al calor de los acontecimientos. “Brest, mayo de 1941” es un capítulo especialmente denso en materia de ideas y reflexiones, pero gracias a la destreza de Baram, que no quiso escribir una novela de tesis, la tensión filosófica se diluye en la tensión narrativa y llega a su apoteosis en el apocalíptico final en que se relata magistralmente la toma de la fortaleza de Brest.

Como ha señalado en alguna ocasión, el reto de Baram consiste en romper el sistema de identificación del lector que a menudo va en busca de un personaje con el que identificarse y en quien creer. No hay duda de que en *Las buenas personas* sale victorioso.



Nir Baram escribe la primera novela de antiliteratura del Holocausto

No será la literatura, sino acciones políticas las que solucionen el conflicto entre Israel y Palestina, subraya el escritor y activista político israelí Nir Baram.

Lo que ocurre, dice en entrevista, no es un conflicto. Es una ocupación, y puedo dar todas estas respuestas ingenuas de que la literatura sirve para construir puentes, pero no creo que la literatura pueda traer paz al mundo. No creo en las ideas de John Lennon.

Baram (Jerusalén, 1976) es autor de la primera novela sobre la Segunda Guerra Mundial que no habla del Holocausto. Se titula *Las buenas personas*, publicada por Alfaguara, y representa un parteaguas con la literatura anterior israelí cuyos temas se centraban en el conflicto con los palestinos o la muerte de millones de judíos a manos de los nazis.



Tertulias Literarias

La literatura no resolverá la situación que se vive actualmente en Medio Oriente. La solución *“tiene que ser política. La acción política es la solución. Es un problema político que necesita una solución política. Puede haber dos soluciones: una desde dentro de Israel, si prevalecen las fuerzas positivas, las no racistas, las que creen en una república democrática israelí, lo cual no es probable; o viene del exterior. Esos son los dos escenarios. Honestamente prefiero el primero. Pero la ocupación –no hay conflicto, hay ocupación– terminará sólo cuando haya suficientes fuerzas israelíes que entiendan por completo que los palestinos tienen los mismos derechos que los judíos. Lo cual suena muy lógico para ti, pero no en Israel”*.

Sin separación, sin fronteras

Escribir es un compromiso enorme que trato de separar de mi compromiso político, añade Baram, quien también es editor y proviene de una familia de políticos que participaron en gobiernos del Partido Laborista.

“Siempre me siento comprometido con la literatura y su importancia. Para compartir algo hoy necesitas creer en la fuerza de la literatura, aun cuando sepas que es algo emocional. Para mí la literatura es una parte importante de mi vida, escribir literatura, pensar literatura; pero también en lo político, en el activismo, tengo un compromiso y es participar para detener la ocupación, por ejemplo, ahora soy parte de una iniciativa palestino-israelí para buscar una solución: dos Estados, sin separación, sin fronteras, y ese para mí es un compromiso enorme.



A veces es muy complicado explicar por qué mis novelas no son acerca de la ocupación israelí, y siento que debo separarlo. Creo firmemente que en las buenas novelas no hay nunca buenos ni malos, siempre se está en una zona gris, siempre ocurre en esa área gris, donde no hay conclusiones, abres el paisaje a las posibilidades y las preguntas, pero cuando escribes algún artículo político tienes que ser muy claro, muy preciso. Por eso no escribo artículos cuando escribo novelas y no escribo novelas cuando estoy dentro de un compromiso político.

En esencia es verdad que la literatura israelí sólo habla de la ocupación o del Holocausto, reconoce, pero quien lea Las buenas personas se dará cuenta de que no es una novela sobre el Holocausto aunque habla de la Segunda Guerra Mundial.

La novela, cuyos derechos se han traducido a 14 idiomas, *“fue construida como un libro antiliteratura del Holocausto. Quise cambiar nuestra concepción de la Segunda Guerra Mundial, por eso los personajes –Thomas y Aleksandra– son diferentes a los que conocemos, usan la burocracia tanto como la burocracia los usa a ellos, no son víctimas, no son sobrevivientes, ellos usan la ideología con el objetivo de lograr el éxito personal. Creo que la literatura israelí debe de ser más abierta, más universal, más diversa. Mi primer libro, por ejemplo, fue fantasía total. La literatura de mi país va a cambiar con las nuevas generaciones”*, expresa Baram, quien el año pasado publicó su nueva novela World Shadow.

¿Es un llamado a cambiar la página de la literatura israelí?

Creo que la literatura israelí fue construida como una literatura nacionalista, una literatura para construir las fronteras de Israel y obsesionada con la sociedad israelí. Como es una sociedad muy nueva se quería construir la nueva sociedad y básicamente la literatura era parte de este esfuerzo. En los años 60 y 70 la sociedad demandaba a sus autores que se involucraran en el proceso de la construcción de Israel y que hablaran de su experiencia, es una tradición arraigada, pero con las nuevas generaciones veremos una nueva forma de literatura. Creo que los nuevos escritores están influenciados por muchas cosas. La literatura en Israel es algo que está cambiando en este momento”.

**Interés por entender el capitalismo**

*El libro **Las buenas personas** nació así: Básicamente el Holocausto ha sido una parte importante en la vida de cualquier niño israelí. Hablamos del Holocausto desde que tenemos siete años. Toda tu vida se va formando con el Holocausto quieras o no, no hay elección, en algún punto pensé que sería interesante entender la Segunda Guerra Mundial, no el Holocausto, desde un punto de vista diferente, explica Nir Baram, quien en un principio quería, e intentó, ser futbolista profesional.*

“Me di cuenta que en el discurso tradicional de la Segunda Guerra Mundial y en la historia siempre se ve a los perpetradores, a los nazis, como un cliché, monstruos, demonizándolos.

“Sentí que había reglas para la literatura y reglas específicas para la literatura de la Segunda Guerra Mundial, siempre construida de la misma manera. Yo quería hablar de ese periodo, usar la Segunda Guerra Mundial como laboratorio. Pero esa no es la esencia del libro, porque creo que la novela histórica tiene importancia si se relaciona con el presente. Utilicé la Segunda Guerra Mundial para comprender algo que me interesa mucho: el capitalismo. El personaje principal (Thomas Heiselberg) no es un nazi, es un capitalista.



“Quería usar la Segunda Guerra Mundial para entender un punto: que cada persona tiene cierta ética y valores y después llega la guerra y se encuentra entre distintas fuerzas –los nazis, el gobierno–, que quieren algo de esa persona y esa persona utiliza su talento. Eso es lo más interesante”.

“Intento normalizar la conversación alrededor de la II GM”, Nir Baram

A menudo se dice: “un aire fresco en la literatura” y con ello no se quiere decir nada. También se habla de la “nueva estrella literaria” y tampoco se aporta mucho.

En el caso del escritor israelí Nir Baram, nacido en Jerusalén en 1976, alcanza con saber que ha llevado a cabo una novela formidable, *Las buenas personas* (Alfaguara), para justipreciar su presencia en un corpus creativo donde los paradigmas resultan a veces demasiado estrictos o inevitablemente opresivos.

Pero de ninguna manera debemos exagerar. No se trata del primer autor judío en mostrarse crítico del sistema político imperante ni mucho menos el único en no comprar la figura de eterna víctima del Holocausto con que a menudo el poder se sirve para justificar crímenes horrendos.

De hecho, autores también críticos y muy respetados como Amoz Oz y A. B. Yehoshúa, de quienes la prensa ha dicho que Baram es heredero, no han escatimado elogios a la novela del joven autor.

“La lección del Holocausto es decir no al racismo; lamentablemente, demasiada gente de mi país sigue sin aprenderla”, declaró recientemente Baram al periódico español ABC.

“Baram ha denunciado mentiras de la maquinaria bélica de no pocos políticos israelitas, ha subrayado absurdos y contradicciones de quienes confunden invasión con tolerancia y agresión con defensa.

Hijo y nieto de destacados políticos, ambos ministros en diferentes gobiernos laboristas del pasado, Nir Baram sabe bien de qué habla cuándo habla y escribe de la nueva calaña de mentirosos que nada tienen que ver con políticos de



Tertulias Literarias

buena voluntad y constructores de futuros posibles (como lo fueron su padre y abuelo) y que no hacen más que opacar las raíces mismas con las que se fundó el Estado de Israel”, ha escrito el autor mexicano Jorge F. Hernández en el periódico español El País.

Las buenas personas transcurre en la Europa de 1938. Cuando se ve forzado a abandonar una prometedora carrera en una empresa estadounidense, Thomas Heiselberg decide trabajar para la maquinaria nazi en Polonia.

Mientras tanto, en Leningrado, Aleksandra Weissberg, hija de un intelectual judío, debe elegir entre traicionar a sus padres, a quienes cree condenados sin remedio, o poner en juego su propia vida y la de sus hermanos pequeños y accede a implicarse con el Comisionado del Pueblo para Asuntos Internos de Stalin.

“Dostoievski escribiría así si viviera hoy en Israel”, dijo el periódico alemán Frankfurter Allgemeine Zeitung.

“Las buenas personas es el tipo de novela que sólo aparece muy de vez en cuando. Su magnitud es similar a la de *Viaje al fin de la noche*, de Céline... Baram coloca un espejo implacable frente a “las buenas personas”, es decir, frente a todos nosotros.”, opinó el Reuven Miran, Haaretz.

Frente a tantos elogios, Nir Baram se encoge de hombros y esboza su fe en que la novela no sea vista “como otra novela de nazis”.

“Se trata de una historia de dos personas muy inteligentes, muy ambiciosas, que usan los aparatos nazi y soviético para lograr sus metas”, dice con rostro cansado en entrevista con SinEmbargo.

Viene de hacer una gira de promoción por el Distrito Federal, luego de quedar fascinado con México durante su visita a la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara, donde dejó huellas por su gran carisma y generosidad a la hora de hablar de su país y de lo que más le interesa de su país y del mundo en general, la literatura.

“Mi novela transcurre en la Segunda Guerra Mundial, pero no busca explicar la Segunda Guerra Mundial”, afirma.



A través de tu novela, *Las buenas personas*, aprendemos a mirar esa parte de la historia con nuevos ojos.

Creo que el problema con muchas novelas sobre la Segunda Guerra Mundial es que describen ese periodo sólo hablando del régimen nazi, concentrándose en sus partes perversas. Mi libro intenta normalizar la conversación alrededor de la Segunda Guerra Mundial. Hay una frase de Robert Musil que me parece muy buena al respecto: “La novela histórica sólo es interesante si habla también del presente, no sólo del pasado”. *Las buenas personas* intenta cubrir el tiempo que ha pasado desde la guerra y el personaje de Thomas Heiselberg es muy distinto a cualquier personaje nazi de cualquier novela sobre el tema. Los caracteres de *Las buenas personas* tienen sus creencias morales, que luego deben contrastar con creencias morales distintas, instituidas por el aparato de gobierno, las corporaciones o la burocracia. Esas fuerzas predicen conceptos del éxito, de la realización personal, del ascenso social, que necesitan del talento de esas personas. Por eso en el libro intento evitar todos los clichés en torno a la supervivencia durante la época de guerra, más bien quiero explorar la relación de las personas con los sistemas, algo que también se vuelve muy interesante en el capitalismo.

**¿Cómo son Thomas y Aleksandra?**

Personas críticas, con una inteligencia muy superior al promedio, de ese tipo de gente que se destaca en una sociedad, que busca el éxito. Cuando construí mis personajes pensé en criaturas literarias como “El gran Gatsby”, de F. Scott Fitzgerald y “Ulrich”, de Robert Musil. Son seres que usan máscaras todo el tiempo, tanto que no se puede diferenciar qué si tienen una cara real o si sencillamente usan una combinación de esas máscaras. Cuando pienso en un personaje nazi me viene a la memoria el arquitecto Albert Speer, Ministro de Armamento y Guerra del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial. Era un hombre sofisticado, sin ideología, muy profesional, que evoca la frase de un historiador estadounidense que dijo “podemos quitar todos los Hitler, todos los Himmler, pero los Speer siempre van a estar con nosotros”.

Eres muy joven, pero tienes mucha fe en la novela, en la novela total.

Sí, Las buenas personas toma la forma de las novelas del siglo XIX y en la última parte toma cosas de lo que se conoce la literatura especulativa, un gran proyecto que pretende cambiar la historia. Son formas clásicas, conocidas, aplicadas a nuestro tiempo. En este sentido, hay una vocación de novela completa o total. Ese es el tipo de libros que me gustan. Me interesa mucho también un autor como Roberto Bolaño, porque creo que tiene más libido que otros y pensaba que no hay diferencia entre la literatura y la vida. La literatura para él era el grito de la vida y eso es algo que admiro.

En este concepto de novela total los personajes suelen ser muy complejos, ofrecer varios matices y volver loco a un escritor.

Bueno, mi primera trataba de un hombre que podía ver los sueños de los demás y luego los contaba como si fueran su memoria, en una distopía total. Esta novela es realista, timoneada principalmente por los personajes que protagonizan la historia. Lo importante aquí es hablar sobre el tema que más me preocupa: la conciencia humana, usando la Segunda Guerra Mundial como una especie de laboratorio. Y hacerlo además sin juzgar a los personajes, porque lo más interesante de la literatura para mí no pasa por dividir lo bueno y lo malo. Creo que mis personajes son una combinación de mis demonios con otros personajes de la literatura que han impresionado, pese a lo cual considero que no es bueno identificarse con ello. Lo mejor es mantener una distancia crítica entre el lector y los personajes.

¿Cuáles han sido tus influencias principales para escribir *Las buenas personas*?

Los escritores rusos Varlam Shalámov y Andrei Platonov, muchas novelas realistas del siglo XIX y seguro todas las de ciencia ficción que he leído. Me gusta mucho ese género. Obviamente que *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, ha sido una gran influencia para mí. Scott Fitzgerald y Robert Musil también.

¿Cómo fue recibida *Las buenas personas* en Israel?

De forma crítica, porque muchas personas pensaron que se trataría de una novela sobre el Holocausto y resultó lo opuesto. Lo que sí sé es que después de *Las buenas personas*, será muy difícil escribir en Israel un libro sobre el Holocausto sin tomar en cuenta las preguntas que mi novela planteó.

Fuentes:

- [El País \(4 diciembre 2013\)](#)
- [La Jornada MX \(14 maio 2014\)](#)
- [Sin Embargo MX \(15 setembro 2014\)](#)
- [Letras Libres \(marzo 2014\)](#)

Para saber más:

- [Entrevista en El Mundo \(11 novembro 2013\)](#)
- [Entrevista en El Confidencial \(8 novembro 2013\)](#)
- [Entrevista en Pretexto MX \(11 xaneiro 2014\)](#)
- [Página oficial do autor \(en inglés\)](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>